

Políticas públicas y narrativas de pobreza

CATALINA URIBE



TRAS LA CONDENA POR CORRUPCIÓN de Lula da Silva en Brasil varios medios han analizado las contradicciones de su legado. En efecto, es difícil aceptar que uno de los presidentes más populares de Latinoamérica está hoy destinado a pasar a la historia como un vil criminal.

También es difícil procesar otra de las contradicciones de Lula: pese a que su gobierno disminuyó la pobreza y la desigualdad, si-

guió aumentando significativamente la violencia. Un artículo de la revista *Anfibia* sugiere que el caso brasilero quebró el mito sociológico de que a menor desigualdad menor inseguridad.

Pero lo difícil de los resultados no debe impedirnos revisar nuestros imaginarios. Y lo cierto es que desde novelas como *Los miserables*, en las que el protagonista en medio del hambre y la pobreza extrema roba un pedazo de pan, hasta las teorías de justicia que excusan el robo en caso de necesidad, se ha creado una idea, muy errónea, de que "todo lo del pobre es robado".

Una idea que sigue siendo enfatizada hoy por los hacedores de política. Justo esta semana algunos medios publicaron las afirma-

ciones de Petro sobre el robo de celulares, en las que el candidato afirma que la salida no está en meter a los ladrones a prisión, sino en la inclusión social. Y aunque las intenciones sean las mejores, asociar hurto con pobreza es complicado porque no sólo parece ser parcialmente falso, sino que hace de las personas de pocos recursos eternos sospechosos.

Hay miles de personas que, pese a sus dificultades económicas, se mantienen con la más íntegra honestidad. Sus vidas son intachables y admirables. Pero, por hacer bien, a veces se daña la cosa. Y aunque hay que atacar las causas económicas de la violencia, hay que tener mucho cuidado con no quitarle a los individuos lo único que concede dignidad: su autonomía y su buen nombre.

Infierno

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LOS CREYENTES EN LA INFALIBILIDAD papal deben estar sorprendidos por los frecuentes cambios en la doctrina dogmática del infierno. Aunque para los católicos el infierno es eterno, en realidad es un invento relativamente reciente. En el Antiguo Testamento no hay mención a un lugar de tormentos a donde irían las almas impuras. Se habla de un sitio oscuro parecido al Hades de los griegos.

Es paradójico que al tiempo que se afirma que el Nuevo Testamento es el del Dios del amor, a diferencia del Antiguo, que es el del Dios vengador, el Dios de los ejércitos, en el Nuevo se habla de un lugar en que habrá llanto y crujir de dientes por toda la eternidad. Se requirió tiempo y un sadismo altamente sofisticado para inventarse el infierno con llamas que no se extinguen y torturas que hacen palidecer a los nazis o a los camboyanos bajo el régimen de Pol Pot.

Hace 803 años, en el Concilio IV de Letrán, se proclamó como dogma de fe la existencia del infierno con llamas, diablos y toda la parafernalia de torturas eternas.

En el año 2001, el papa Juan Pablo II acabó temporalmente con el infierno de la Iglesia, al afirmar que este no existe como lugar físico, sino como un estado de privación de la visión de la divinidad. Al poco tiempo volvió a revivir el concepto de infierno como lugar. Esto fue con motivo de la canonización de los pastores de Fátima, quienes afirmaron haber visto el infierno, con fuego, llamas, crujir de dientes y gusanos roedores.

Como el miedo es necesario para que los fieles crean en lo que repugna a la razón, la Iglesia sin infierno podría perder poder y feligreses. Por lo tanto, Benedicto XVI zanjó las contradicciones de su antecesor y proclamó que el castigo eterno ocurre en un lugar físico y no mental. El pontífice actual, Francisco, quien trata, a veces infructuosamente, de ponerse a tono con los tiempos, en la pasada Semana Santa en una entrevista, no pronunciándose *ex cathedra*, dijo que el infierno no existe como lugar de castigo eterno. Rápidamente la curia salió a corregir y el papa no mantuvo el concepto de la inexistencia del fuego eterno.

El catecismo del padre Farias, que recoge lo dogmas religiosos imperantes en la mitad del siglo XX, es preciso al afirmar que el infierno existe, es eterno, hay pena de daño al desorden por la separación de Dios, hay pena de sentido; llamas, dolor físico agravado por la ausencia de Dios. Con la reciente volatilidad de los conceptos papales sobre este fundamental aspecto, nos quedamos sin saber si el castigo eterno permanecerá o no.

Para asustar a los niños en las clases de religión, cuando esta materia estaba a cargo de la Iglesia, se comparaba la eternidad con este símil: si toda la Tierra fuera una bola de metal y una hormiga la recorriera, al cabo de miles de millones de años podía desgastar esta esfera, aún así la eternidad no habría empezado. Un pensamiento "impuro", un toque "inmodesto" podía precipitar al pobre infante a tan tremendo y larguísimo castigo.

La modernidad ha introducido la segunda instancia en los juicios. La Iglesia, en el más duro castigo, no ha aceptado este derecho, el juicio final colectivo, solo confirma la sentencia del juicio particular.

Cien años después del Concilio IV de Letrán, Dante escribe la *Divina Comedia*: al infierno arroja sus enemigos. Al primer círculo manda a los tibios, y al quinto círculo a los que vivieron tristes y deprimidos sin motivo.

Osuna



Ultimátum

Desastres culturales

BRIGITTE BAPTISTE



HOY DÍA SABEMOS QUE UN DESASTRE es un evento ecológico extremo que nos cogió desprevenidos, pues nada hay de natural en ocupar el lecho de un río que sabemos se desborda en época de abundantes lluvias o ubicar una población en las laderas de un volcán activo. La memoria y el aprendizaje nos han demostrado que los efectos lamentables de una avalancha, una erupción o un movimiento sísmico, por impredecibles que sean, son producto de una falla cultural. Habría que pensar igual respecto a los accidentes derivados de la tecnología, como en el caso de Chernobyl o el derrame petrolero en el Golfo de México, que demuestran que no es factible garantizar un 100 % de efectividad y seguridad en ningún desarrollo, por lo cual requieren un nivel importante de aceptación de riesgo y la adopción de mecanismos de contingencia proporcionales a los niveles de vulnerabilidad y exposición que gene-

ran: si uno tiene estufa, mantiene crema para las quemaduras.

La conciencia del riesgo es probablemente el factor cultural más difícil de imbuir en una persona o sociedad, pero de ello dependen en gran medida sus estrategias adaptativas: ser demasiado conservadores nos impide afrontar el cambio ambiental y nos condena pasivamente e inexorablemente al desastre, ser demasiado innovadores puede constituir el desastre mismo. Esta discusión ha reaparecido con ocasión del derrame de un pozo de crudo sobre la quebrada La Lizama en Barrancabermeja, el cual, según algunos, evidencia que nunca debimos ser petroleros, según otros, motivo para reclamar el cobro de pasivos incommensurables sin hacer las cuentas justas y completas (los aprendizajes también incluyen estrategias electorales y mediáticas).

En la Tierra, a diferencia del universo galáctico de F. Herbert donde la humanidad se enfrenta a la incertidumbre sin ayuda de la complejidad computacional, prohibida por radicales antitecnología, varios eventos abordarán el tema del manejo de la incertidumbre en la toma de decisiones: en Cádiz, la "17ava Conferencia Internacional en Procesamiento de In-

formación y Manejo de Incertidumbre" y en Ascona "Creando incertidumbre: beneficios para las personas, los equipos y las organizaciones".

Entramos en una época de responsabilidades confusas detrás de las modificaciones ambientales, pues lo que hacemos los seres humanos son experimentos llenos de incertidumbre. Vendrán innumerables sorpresas asociadas con efectos de decisiones del pasado que en su momento no pudieron preverse, pues eran inimaginables: los nuevos volcanes. Esa es la sociedad del riesgo de Ulrich Beck que evoluciona desde la prehistoria y hace que los mecanismos de evaluación de la conveniencia de la innovación social o el control de la tecnología requieran constantemente nuevos parámetros de discusión. La Lizama se recuperará muy pronto, hay capacidad y voluntad. En cambio, el tratamiento de otros desastres culturales como la destrucción de selvas en el Guaviare o la desecación de la Ciénaga Grande es más incierto: ejércitos de motosierras o flotillas de retroexcavadoras invisibles evidencian problemas aún más primitivos de inviabilidad adaptativa que las decisiones acerca del petróleo o la nanobiotecnología.